

CARTA RESEÑA A JORGE DE OTEIZA

JORGE DE OTEIZA

Ejercicios espirituales en un túnel.

*De Antropología estética y nuestra recuperación política
como estética aplicada*

Lur editorial. Donostia 1983

Jorge amigo:

La ciencia de unos años a esta parte nos empieza a doler. No define. No crea. La del terror, esa sigue adelante su siembra de víctimas. Voy a enviar libros a América, dadnos armas contestan desde allá. ¡Penoso! Y así no extraña que se agarrote la escenografía político-social, que nazcan las indiferencias, en especial desde la Revolución de Nanterre, que un espíritu tan travieso como Baudrillard, al que se dio en llamar filósofo del vacío, afirme no sólo que a las ciencias exactas se les escapó su objeto de análisis sino que la ciencia toda esté en trance de desaparecer.

De ahí cuánto agrada que reciba refuerzos de fuera, la presencia del artista en la ciencia. Llamando la atención. Dándole sus alas.

Y uno de esos paracientíficos de pro eres, sin duda, tú, escultor, proyectista, poeta, y con ganas de poner al servicio de la estética a las ciencias.

En el mes de diciembre recibí tu libro. Con una dedicatoria: al fraternal y dionisíaco Elías. Eskarikasko. Y como es corriente en ti como una cláusula más de ese testamento “que sigues escarbando para tu tumba”. Título: EJERCICIOS ESPIRITUALES EN UN TUNEL. Subtítulo o explicación preliminar: DE ANTROPOLOGIA ESTETICA VASCA Y NUESTRA RECUPERACION POLITICA COMO ESTETICA APLICADA.

Esto no es lo tuyo, o no es lo que tu querías, el libro de lomo acariciante, que al abrir se quede abierto como entregándose, el libro-amante que tras brillar en el escaparate escoge la intimidad para compartir contigo su reconditez. Es un libro de luto. Incómodo. Papel de dos densidades, dos matices del blanco, uno inconsistente, hay que mojar el dedo para pasar de hoja. No se abre. Lo tuve que leer entre dos pinzas. No es el que tú soñabas.

Lo he leído. Una vez. Dos. Me gustaría dar el recorrido en circular como en panorámica al trote de tu korrikolari en la plaza de toros. Que no corre solo. Que los que le ven de algún modo corren con él. Y él se ve correr a sí mismo como tratándose de otro. No fue así. Me cuesta leerlo, vuelvo

atrás para reconducirme o condensar una idea. Me veo reflejado en algún pasaje. En ese científico que en su día no quiso recibirme en su despacho, ese doctor de no sé de cuántas universidades, al que tú ves y como en justa represalia, de vocación distante de erudito, mentalidad de santón, de curandero, al que incordian las consultas sintiéndose al descubierto. Y lo que me sucede a mi sucederá a otros. Se verán en tu libro de alguna suerte partícipes.

Si pudiéramos hablar de un libro peripatético o coger de una ringla de libros de un estante de nuestra biblioteca uno sólo, capaz de echarse a andar, ése sin duda sería EJERCICIOS...

...EN UN TUNEL. A tientas. En la oscuridad. Del blanco sobre blanco o del negro antropológico estético. Escrito en época de tinieblas. Que va saliendo desde abajo, emergiendo de grutas prehistóricas y en silencio. Y qué difícil salir del túnel, vernos unos a otros como somos, ocuparnos en nuestra trayectoria de arte de abandonar nuestro mandil de artista, despejar incógnitas, asesinar de una vez el arte contemporáneo para desembocar en la luz.

Escribes como hablas, nerviosamente, moviéndote. Con párrafos largos y gráficos que desmenuzas después. Abierto y sin poner la palabra fin, sin llegar a ningún pretil, pero eso sí, escribes para desasosegar, para despertar nuestra conciencia en primer lugar, de vasos después. Y por eso preferiría, personalísimo Jorge, y perdóname, leerlo de rodillas. Y no por temor a dormirme sino por necesidad de sentirme en posición de implorar perdón. De nuestros yerros. Y leer con dolor de contricción.

Asomas como científico por libre. Con la chispa del intuitivo que filtra ideas y vitalizándolas rebrotan de tu mente con brillo estelar. Denuncias la ciencia. Le das la imaginación que un día le dieron los grandes humanistas. Historias el presente impregnándolo de porvenir que se ve ya ahí al alcance de la mano. Desarrollas la ciencia mientras la tratas, conectas un arte con otro como en un todo hasta desembocar en la vida. Y para llenar de contenido tu ambicioso plan, ese Instituto Estético, comunión de ciencias y artes, de educación estética y como un apéndice museo de hombre vasco.

Entro en ti como si te comprendiera del todo. Tú mismo explicas después lo que explicaste antes. Escribes a veces para saber lo que quieres decir. Escribir para crear es dejar correr la pluma para sorprenderse. Anida un submundo detrás de la nuca con su cúmulo de conocimientos flotando en la subconsciencia.

Cuánta incomunicación. Gritarías. ¿Para qué? No vale la pena. Cada cual se colocó en un sitio en nuestro país, vive cosa distinta, va por direcciones antagónicas. “Creemos que vivimos lo mismo, la misma hora, el mismo pueblo, el mismo peligro, la misma voluntad. Y lo que vivimos juntos es lo que no vivimos: el mismo fracaso”. Te lo dije un día. Estás edificando con él. Has hecho o estás haciendo o vas a hacer (ya tanta puntualización no alcanzo) un monumento imperecedero de ese fracaso; lo haremos los demás con todos tus monumentos que quedaron en proyecto; con tu androcanto poema pro manuscrito, con el gran triunfo escamoteado en Montevideo, con tu megalítica publicada y retirada de la circulación antes de ponerse a la venta,

con tu instituto de ideas estéticas, ¡oh, inefable soñador de imposibles!, con tus apóstoles desmuñonados y sin vientre de Aránzazu presintiendo su martirio antes de nacer, con la peana de Felipe IV que debía pesar demasiado para contenerse en ella, “y ahora con tu Acteón desmigándose entre perros”. A lo que habría que añadir esas otras barquillas rotas, proyecto de escuela de arte contemporáneo, Casa de la cultura para Irún, Universidad piloto de Elorrio, Laboratorio de Artes Comparadas, Frente cultural, Escuela de Arte de Deva, Piloto de Arquitectura de San Sebastián. y esos otros mil libros por hacer, todavía en barbecho, el de Velázquez, el de Goya y Arte como Tauro-maquia, esa Estética de Acteón, la Poética.

Tu obra rezuma a laboratorio sin parámetros convencionales. Es una itinerante exploración. Donde se ignora lo que va a encontrarse. Por esa entrega a lo más difícil todavía, duele la ausencia, el vacío, la incomprensión de los más. Por apuntalar los centros neurálgicos de nuestra sensibilidad prehistórica te mueves como en un desván oscuro. Duele que asuman siquiera los artistas tu propósito estructural ambicioso para nuestra problemática social, política y artística. Tú ves desde la Estética. Por primera vez. No desde la Filosofía de la Estética o Sociología de la Estética sino desde la Estética de la Filosofía, de la Sociología, etc. Enlazas Arte-Ciencia. Con una vibración tal que se descubra al hombre por dentro. Con un corazón que sufre. De artista que apasionadamente y casi agónico sigue confiando en esa juventud que no acaba de surgir. Duele ver la indiferencia en que te desenvuelves. Solitario. Esquinado. Explicándote una y otra vez a quien no quiere oír. Habría que llamar la atención a nuestros gobernantes. Advertirles, por si lo dudan, que estamos ante un proyectista genial. En perpetua ebullición. Especie de zahorí que donde toca brota el maná, que en cada una de sus relaciones personales extrae una docencia que le da pie para elevarse a la proyectística. Al que nada se le escapa. Que desciende de la estética aplicada a las mínimas actividades de un txistulari, o a la inversa pasa de lo cotidiano a una salvación por la estética. Lo que suena a insólito a una sociedad intonsa por no salirse de caminos trillados. En América, presumiblemente, se le cotizaría poniéndose a su disposición el instrumental idóneo para plasmar más de una de sus ideas. Aquí, ¡cuidado!, en una sociedad que no sea la nuestra que lo toma todo en serio, le resultaría incómodo manifestarse con esa valentía. ¿Y por qué nosotros no...? Parece que llevar a la práctica sus proyectos se aleja de los de un gobierno con tantas cosas por hacer en un país que se dejó vacío, sucio, en total abandonado.

No obsta para que a unos pocos nos parezca la idea suicida. No queremos ser como somos. Tratamos de conservar, sí, una tradición pero roma, iterativa, para no salir de casa. Conservamos nuestros mitos pero sin profundizar, sin extender sus raíces hacia el mundo para lo cual hace tiempo debíamos estar capacitados. Medimos cráneos, descomponemos plétoras en procura de una raza virgen. Si, hay que recobrar la lengua y un largo etcétera pero antes una operación previa, reeducación de base, recuperación de nuestra sensibilidad. Si fuimos artistas desde Lascaux, ¿por qué hemos dejado de serlo? Si arte y vida fueron una misma cosa desde nuestros genes

ancestrales, ¿en qué era, debido a qué cataclismos se nos disoció esta comunión íntima? He aquí lo que hay que recobrar para recobrar nuestro ser de vascos: nuestra etnia espiritual. En otros términos, pedimos a gritos que se cumpla la intención de estos EJERCICIOS, el regreso en cada uno de nosotros del poeta, del artista.

¿Es la nuestra una visión daltónica? O no somos lo que creemos o no nos consideran como pensamos que tenemos derecho a que se nos considere. ¿Error iniciático del artista? La sociedad nos toma por un lujo. No pasa de ahí cuando necesidades casi primigenias le acosan.

¿Qué hacer? ¿Gestos en el vacío? ¿Azotar los vientos? La paciencia del artífice tiene un límite. Y si a la sociedad le falta humor o no le interesa el arte, ¿a qué seguir colgando cuadros como un tonto? Mejor colgar en las exposiciones vacías un letrero que diga: “Aquí ya no se expone más arte, aquí el artista se reúne para pensar qué debe hacer porque está ya harto”. Y tomar conciencia tras de ti, paladín, guía desde hace medio siglo.

¡Ah!, lumbrera solitaria, singular criatura, sigues luchando con molinos de viento. Eres un hombre que se pone delante de las estatuas y las interroga. O cuenta cosas de ellas. O las mueve mostrándonos las distintas miradas de las ya distintas estatuas. O las vacía. Esto te gusta. Como descongelar imágenes, desentrañar libros, desmitificar héroes, retratar con particular agudeza a personajes históricos, y a los otros, a tus contemporáneos; para cada uno apuntas un rasgo característico en el que hasta ti nadie nos habíamos lijado.

Si Euskadi entre otras cosas debe constituir una disciplina, y una ciencia aprender su bascología, hoy está rota. Con toda presunción deliberadamente. Y si un día se recomponen sus piezas hágase con trozos de ciencia de Barandiarán, de Lekuona, de Campión, de Chaho, de Sabín, de Caro Baroja, sin olvidar tus aportaciones, Jorge de Oteiza. Itinerantes. Dislocadas a veces. Percutantes, machaconas en ocasiones. Y también arduas de comprender. Tú como otros varios publicistas vascos escribistéis en clave. Tú menos clave, más generosa tu prosa, como si a ti te estuviera permitido decir un poco más por tu condición de genio inextricable, quizá porque no te leyeran.

No voy a desmenuzar más en éstas tus atípicas memorias de acción que constituyen los EJERCICIOS. Me pongo a hacer tu gimnasia. A empararme de tu lectura. Y como no hay un orden lo cojo por donde venga, abriéndolo como un kempis. Y pienso después de leerte que el vasco nació un día en que Dios se sintió molesto de sí. Que Dios o el Acaso si lo prefieres ocultó este origen y hoy todavía ignora el vasco de donde viene, cómo ni cuándo lo destruirán del todo. Se creció en el destierro, en el dolor, en la corripisa a su libertad, y más en concreto cuando perdió o le cercenaron su idioma. No va descaminado el que afirme, ojalá no nos devuelvan todo lo que nos quitaron las naciones porque ese día vamos a quedarnos con los brazos caídos y sin saber qué hacer. Y lo que decimos del vasco duplíquese hablando del escritor vasco. ¡Cuánta tela por cortar! ¡Cuánta vida destrui-

da! De fiasco personal, de vía muerta en nuestro deambular hacia la plenitud de una existencia que pudiéramos llamar auténticamente vasca.

¿Qué te quedaría por decir si no fuera así, Jorge de Oteiza? ¿De qué escribirías? Los que hemos tocado temas alienígenos y un día regresamos al lar nos damos cuenta como en una revelación de qué filón nos aguarda. Para seguir inspirándonos durante tres vidas que tuviéramos.

Punto final. No, final no. Hay que seguir haciéndonos, sin obtener del todo nuestros objetivos para no desaparecer.

Elías Amézaga